

# áncora

## A lo largo del corto camino

ALFONSO CHASE

**L**a historia de Yolanda Oreamuno (1916-1956) no es solo la saga de una mujer que escribe, sino la trayectoria de la concreción de una obra literaria, en la cual se unen los elementos autobiográficos con el sentido real de lo que acontece en su tiempo, todo ello aunado a una voluntad de supervivencia por medio de la palabra.

Aislar su labor literaria, en el amparo del mito y la leyenda, al infortunio o a su notable proyección escénica en el ámbito en el que convivió, no solo resulta injusto sino reductivo a la hora de evaluar el sentido último de lo que constituye su importancia literaria real.

Yolanda no se quedó en promesa ni su talento desperdigado entre sus letras, salones o salas de hospital, sino que constituye un punto de referencia obligado, para así poder entender el sentido de su presencia en medio de una generación de narradores que, desde diferentes vertientes, hicieron obra concordante con su intención última.

Lo anterior quiere decir que se hace necesario ubicarla cercana a los trabajos de Max Jiménez, Fabián Dobles, Joaquín Gutiérrez, José Marín Cañas, los maestros esenciales, y dentro de las ideas intelectuales que encontramos definidas en los libros de Eunice Odio, Ninfa Santos, Vera Yamuni o Sol Arguedas, en los impulsos vitales de Chavela Vargas o Carmen Santos.

Yolanda Oreamuno son sus libros, sus cuentos, sus ensayos. Las conversaciones que guardan en la memoria sus amigos, su propia voz dispersa en el recuerdo y el sentido notable de su extraña altivez, que le hizo sortear todos los temporales afectivos, y los de sus enfermedades, las supuestas o las reales. Todo esto queda como un balance al cumplirse el ochenta aniversario de su nacimiento y el sentido de reflexión que nos hacemos muchos costarricenses sobre su importancia de lectura real, en el contexto de la literatura nacional, donde por muchos años ha sido símbolo y bandera.

**Lo psicológico y lo social**

Victoria Urbano, en un texto

*Cuando hace siete años asumimos la dirección editorial del suplemento **Áncora**, lo hicimos con un número monográfico sobre nuestra poeta **Eunice Odio**. Hoy, al despedirnos de nuestros lectores, queremos hacerlo con un número también monográfico, al cumplirse este año el cuarenta aniversario del fallecimiento de la siempre amada y admirada **Yolanda Oreamuno**, una escritora crítica, bella y luminosa, como su obra misma*

inédito que fuera conferencia magistral, con el sentido de gran propiedad que la caracterizaba, tejía la urdimbre de la importancia de Yolanda Oreamuno en la vertiente de ciertas propuestas narrativas de García Monge, sobre lo ciudadano en la literatura de principios de siglo y la proyección de Carmen Lyra en la lectura de autores franceses, en su propia novelística, en donde lo psicológico y lo social se unían para darnos una visión del San José que nació a la vida trajinada de la clase media, buscando abrir nuevos caminos en el realismo crítico, dejando de lado para siempre la crónica costumbrista, inevitable y valiosa, pero superada por la obra de esos dos autores que abrieron nuevos surcos para la renovación narrativa.

La inteligencia notable de Yolanda Oreamuno -quizás podamos hablar de genio en su caso- se unía también a su sentido de desenfoque visual, a la premonición interna, que le hacía

tener ideas sobre lo que leía, antes que someterse a una determinada tendencia literaria, asunto no del todo comprendido por sus exégetas, o aún para aquellos que rechazan su verdadera importancia narrativa.

Como ser complejo, en su proyección mental y literaria, siempre estuvo por encima de un medio que no pudo, supo o quiso comprenderla, dejando para la posteridad los despojos de su leyenda, el mito de su singularidad insular, antes que la lectura apasionada de sus escritos, salvo la comprensión lúcida de Lilia Ramos que, en su momento, y siempre, logró salvar para la posteridad el legado en su valor textual.

Pero Yolanda Oreamuno, y ella lo afirmó muchas veces, solo fue un punto de partida hacia nuevas formas narrativas que se cuajaban en el medio nacional, hispanoamericano y universal, en ese sentido de ruptura de fronteras, cambio de nacionalidades, modificaciones de lugares y sitios para poder sobrevivir. Un punto de partida, aún en el controvertido tema de sus apatencias y rechazos, que encontramos definido en sus cuentos o fragmentos de novela, esos que realmente escribió o solamente, en la duermevela, pudo imaginar.

**Dos enfoques, una renovación**

El carácter textual del legado de Yolanda Oreamuno es parte del esfuerzo que ella misma realizó para transformar, conscientemente, el panorama literario de nuestro país, buscando renovar el género narrativo desde dos enfoques esenciales. El primero: los temas, buscando una transformación deliberada de ellos, los presentes en la realidad de lo exterior y el tema esencial de su propia importancia como generadora de pulsiones y tropismos en la interna psicología, en lo cual fue pionera, al menos en América Latina.

Lo segundo se refiere al interés manifiesto de experimentar con el idioma, no solo en la palabra como materia real de expresión, sino en la unidad del lenguaje a partir de las sílabas y la expansión del conglomerado de la lengua por medio de la palabra escrita, o en aquel testimonio



Yolanda Oreamuno, en uno de los sensacionales *studios* que le hiciera La-hitte en Santiago de Chile

# A lo largo del corto camino

de Lilia Ramos, Ana Mérida o Rosario Castellanos sobre la extraña eufonía de la palabra oral de Yolanda Oreamuno, en lecturas privadas de sus obras, en donde el lenguaje, convertido en materia de hechizo, hacía que sus textos produjeran en el auditorio un extraño encantamiento, favor y privilegio de los antiguos contadores de historias.

Un elemento inédito, que merece un estudio prolongado, lo constituye su incursión en la literatura fantástica, recobrando de su mundo, el propio y el ajeno, las voces de los ángeles o fantasmas que dieron forma a sus narraciones, en un proceso continuo de introspección que solo tuvo como cese el delirio agónico, en el cual, según testimonio de Marín Cañas, la extraña congruencia de ir describiendo su propia muerte erizaba los

cabellos de sus escasos velantes, en las noches y los días anteriores a aquel sombrío 8 de julio de 1956.

Dentro del panorama literario de su tiempo Yolanda no se quedó en augurio. Nada hubo en ella que no fuera conciencia propia de estar llevando a cabo una obra trascendente, quebrando lanzas contra molinos reales, pero sobre todo creando dentro de su propia personalidad un destino que supo manejar con cierta pericia, hasta que el azar dejó de lado el carácter que dio entereza a su propia existencia, manteniéndola enhiesta, y cuando su propia voluntad cedió ante los embates de la desidia vital.

Su mayor lección es la lucha contra el tiempo. Del desenfo-

que con, y ante sus contemporáneos, la raza de Yolanda Oreamuno, su mezcla de culturas, le permitió apenas comprenderse a ella misma y a su obra, en la certeza de construirla como lo quiso.

Sobrepasando los límites de su propia capacidad de evasión, dio forma a un legado que no puede abreviarse antes y después de ella. Encarnó en nuestra historia, la literaria y la de personajes, al costarricense esencial y universal, que según parece habrá de definir los pasos de la historia, lejano del sentido del ciudadano chocarero, liviano, irresoluto y malévolo, que tan bien supo retratar nuestro Max Jiménez en su novela *El domador de pulgas*.

Yolanda Oreamuno no ha

muerto para muchos de nosotros. Cuando en 1961 fuimos a depositar sus restos en el Cementerio General de Costa Rica ¡gracias Mario y Olga Echandi! no estábamos dando sepultura a un espíritu inquieto o profundo, o a una mujer que regresaba al agua lustral de su origen. Estábamos rescatando para la Historia el legado literario, su palabra vuelta aire, su ejemplo de ser humano comprometido y fuerte, su voz musical denunciando las pústulas del acomodo y la mentira.

Ahora, en este año que se cumplen ochenta de su nacimiento, ella está con nosotros. Con su palabra clara y definitiva, con el temblor de sus textos, con el mensaje terrible de su inteligencia. Nada de la leyenda o

mito con el que acostumbramos adormecer el mensaje real de los costarricenses singulares, en ese sentido de necrofilia tardía con el cual pretendemos esconder lo que dijeron.

La historia de Yolanda Oreamuno no es solo tema para una novela. Esa que pugna por escribirse sola. Es parte de la historia literaria, política y social de Costa Rica.

En su momento, con claridad y donaire, fue franca al extremo: "En Costa Rica es necesario morir para recoger el reconocimiento póstumo de este pueblo, desdeñoso y pasivo. O, caso de tenerse mucha importancia en la cosecha, basta convertirse en personificación de la academia fósil de otro tiempo, sin renovación vital de ninguna índole, para que el vaho tibio del agradecimiento cubra como un incienso el pedestal de la viviente estatua consagrada."